

siderar el artificio científico, que elimina de sus métodos la conciencia y deja al hombre en calidad de ausente del mundo. Luego se mostró que la filosofía fue llevada del mismo propósito a sustituirse a la Ciencia, sin lograrlo empero produciendo al final de esa carrera, en nuestros días, el redescubrimiento filosófico del hombre.

En cuyo punto abandonamos provisionalmente el tema para reanudarlo en siguiente capítulo, donde se mostrarán los diversos mirajes de la figura humana que nos proporcionan las concretas expresiones filosóficas de nuestra época.

UNIVERSIDAD. Nos. 8-9.
Monterrey, N. L., julio de 1950.

LA INDIVIDUALIDAD DEL SER HUMANO

Con frecuencia se habla de individualismo a nuestro alrededor. Lo sólito del tema —con todas sus implicaciones sociales, políticas o filosóficas— induce a considerarlo un tópico banal, uno de tantos lugares comunes de nuestra época. A fuerza de oír un concepto repetidamente, bien por alabanza o como motivo de censura, en tantos que lo traen a cuento para las cosas más simples y más alejadas de su objeto acaba pareciendo pura bazofia intelectual.

Si hay algo de difícil expresión, enigmático y a la par de inigualable belleza en la naturaleza del ser humano, este algo es la individualidad a que aspiran nuestras potencias carnales y del espíritu. La nota dramática que se mezcla a ese afán es la inevitable frustración de un logro permanente y definitivo.

Por ello cuando se le hace valer como un atributo inseparable de la naturaleza, se exagera o se establece una verdad a medias. El ser individuo —esto es, la singularidad irremplazable de nuestra existencia en el orden natural y del espíritu— está insinuando apenas en la arquitectura del hombre y como requiriendo un desarrollo o ejecución que a cada quien le incumbe como destino personal.

Desde el comienzo hasta el fin de la vida una enormidad de nuestro espacio interior está ocupado por cosas comunes —a la especie zoológica, el comer, dormir o reproducirse; o al grupo social, pensar, querer o conmovernos al unísono con nuestros semejantes— mientras que en cambio es tan chico el sitio de la individualidad, que difícilmente deja testimonio permanente en la vida histórica.

A pesar de lo dicho, sin esa mísera ración que más está en el afán que en el disfrute, quedaría degradado el hombre a la condición de cualquier bestia. Y no negamos que lo sea, a reserva de reconocer que es una bestia muy particular, tanto, que se afecta melancólicamente por no du-

rar eternamente y por carecer de la calidad de ser el único, creador de todas las cosas. En otros términos, es una bestia herida de un mal metafísico o de lo que llaman los teólogos, de pecado original.

No es la humildad una virtud querida al corazón del hombre. Y si su contraria, la soberbia que ejercita su poder sobre todos nuestros actos y soberanamente domina la potencia suprema, al afán de individualidad que se dice también conciencia de existir. El "yo existo" de cada quien —raíz de la individuación del ser humano— se presenta a sí mismo, en plan de soberbia metafísica o ética, como el fundamento de la vida universal y de las exigencias éticas.

Sin ir tan lejos como la soberbia induce, ni quedarnos cortos considerándolo un regalo de la naturaleza, la individualidad del ser humano es un problema que merece mayor atención que la de estas breves y desiguales notas. Hacemos la advertencia, además, que sólo se trata de anotar algunas reflexiones marginales deslizadas por el contorno del problema. A tal propósito y en tentativa de explorar lo desconocido formularemos las siguientes interrogaciones: Por qué medios se expresa el ser individual del hombre? Cuál es el precio o cuota de tan deseado afán?

Comenzaremos recurriendo a una respuesta sencilla y atractiva que engloba ambas interrogaciones. Nada más propio de la individualidad del hombre que la notoriedad exterior ante nuestros semejantes. La posición social muy probablemente debida a razones económicas, es con frecuencia el medio de estimar la individualidad de cada hombre y, a la vez, el índice del precio exigido a dicho afán. En este orden ningún alarde de originalidad más propio que la moda denota lo que se alcanza y puede rendir la posición social. Sólo que son de corta duración en cada vez los efectos de notoriedad inicial que por este medio se obtienen. Al extender y generalizar sus formas a todas las capas sociales la moda aniquila la distinción alcanzada primeramente. Puede sin embargo extremarse el dinamismo del fenómeno, llevando a la exageración

ciertas notas significativas: se alargan, recortan o estrechan las prendas de vestir o se extreman los gustos, el vocabulario o la materia de los sentimientos de las creencias y de las ideas.

De esta manera se obtiene una cierta apariencia de individualidad que satisface a los más y por cuyo disfrute, régimen a que se le llama pomposamente individualismo, están dispuestos muchos hombres a romper lanzas, como si se tratase de la última y más refinada fase del perfeccionamiento humano en el orden social.

Convicción tan plácida tropieza, sin embargo, con la decepcionante reflexión de que ese medio expresivo de la individualidad, no tiene mayor significación para el orden estrictamente humano, que la de ciertos caracteres sexuales secundarios en el reino zoológico. Es a la raza humana lo que para otros seres el plumaje, la melena o el rabo. En resumen, una nota distintiva de la especie misma y cuando más un hilo conductor del instinto de reproducción de sus miembros.

Se explica la recurrencia de este modo de individualismo humano en ciertas etapas de la vida social, como un medio de reducción al estado gregario de las tendencias humanas que amenazan con la frustración de la especie. Y justamente, se utiliza para ello el impulso egoísta, que produciendo la notoriedad del individuo convoca en torno suyo las fuerzas generatrices de la vida.

Contrariamente a su apariencia, tales prácticas no denotan individualidad eximia sino formas irregulares y desviadas de sociabilidad, como que se consigue por maña la subyugación de lo individual a las leyes de conservación del grupo zoológico. Por tanto, la individuación que procura la notoriedad social es un callejón sin salida del propio anhelo, el cual recae en formas primarias de agregación animal.

Sin perder de vista las reflexiones anteriores, indagaremos de nuevo en el fondo de la cuestión planteada.

El hombre —se dice ya por venerables maestros de la antigüedad— es un ser social por excelencia. Lo que nos induce a pensar que la individuación, haciendo del ser humano un coto clausurado al vagabundeo del prójimo, es un impulso incorrecto dentro del orden de la naturaleza. Salvo que el hombre no sería tal ente que es en la creación, si viviese permanentemente enajenado a los requerimientos de la especie. Ni alcanza a ser del todo individuo —ente indivisible, original y único— ni disuelve enteramente su naturaleza en el océano sin formas de la materia biológica.

Por ello, es improbable que la individualidad del ser humano resida en propiedades adscritas original y definitivamente a su pura naturaleza zoológica. En el sentido estricto del conocimiento el mundo físico sólo produce especies; y la apariencia de un universo integrado por entes individuales es un reflejo de la condición humana. En la naturaleza concebida por la ciencia, la individuación de los seres sólo alcanza el grado de los géneros y de las especies. Y ello, porque el saber científico se realiza en conceptos y estos revisten un significado general y abstracto. Se ha dicho por eso que no hay ciencia de lo particular.

Los entes o cosas particulares son susceptibles de historia, más no así de ciencia. Por lo menos esto asegura la doctrina clásica. Y para este mismo pensamiento es una consecuencia forzosa de sus premisas, la aseveración de que la materia es el principio de individuación de los seres. A lo cual sólo debe agregarse que tal principio no alcanza al grado de intimidad profunda que el sentimiento de individualidad tiene en el hombre.

Como las propiedades de la materia son comunes y abstractas, cualquier fracción que se tome como unidad reproduce las características de un género. El concepto de individuos, dentro del saber científico, corresponde a unidades de una serie; y por tanto, tal individualidad, sólo encarna lo típico, una división interior a un concepto

más general. Es en consecuencia, la noción de una especie.

La regla clásica de la definición exige el establecimiento del género próximo y de la diferencia específica. Este procedimiento revela que todo concepto funda especies sin alcanzar la intimidad del ser dada por la verdadera individualidad.

Un pensamiento análogo produce la doctrina de que lo individual de cada hombre consiste en la realidad concreta de la idea; y en cuanto lo genérico del hombre consiste en ser dotado de razón, se concluye que sólo la sabiduría hace verdaderos individuos. El sabio o el filósofo quedan elevados a la categoría de paradigmas de humanidad.

Razón y materia en su generalidad y abstracción se equivalen. Tanto alcanza una, en grado a lo individual de cada ser, como la otra. Si se hace valer la materia determinada como principio de individuación en el orden físico, otro tanto representa la razón cognoscitiva en el mundo espiritual. Y, sin embargo, ambos sólo producen lo típico, especies mas no individuos. Ser filósofo no es una entidad menos colectiva que la del ser hombre atento sólo a características biológicas.

No hay un camino seguro para alcanzar la individualidad. Ni menos único. Así, hemos señalado la calidad negativa del que procura esta en la originalidad social —dentro de ésta cabe, en amplio sentido toda notoriedad de tipo histórico, como son la vida política, la de los negocios o la de la guerra. Y otro tanto, respecto de notas físicas o intelectuales significativas. Pero nadie duda sin embargo, que todos los órdenes indicados ofrecen ejemplos de vigorosas individualidades; sólo que ahí donde han existido y actuado debe pensarse en dinamisismos psíquicos e influjos que no encajan en la explicación formal y mecánica de un principio único.

Podemos creer, no obstante la impotencia del enten-

dimiento para dar cuenta de ella, en la individualidad de lo humano, por el poderoso sentimiento que afirman en nosotros algo indestructible y original. Por lo que llamaría Kant un principio de la razón práctica.

En consecuencia, no hay siquiera otra explicación de la individualidad y del individualismo que su mera existencia. Ni el más profundo sistema de individualismo metafísico, que es el de Leibnitz, contiene en definitiva otro recurso que apelar al testimonio de la conciencia. Mas que demostraciones, incita a una verificación íntima en el seno de la vida psíquica de cada sujeto. Igual acontece al individualismo ético: se ofrece en calidad de reto, como invitación a correr un riesgo de siempre nuevo y palpante misterio.

Sólo hay medios de expresión, no razones para fundar el ser individual del hombre. Entre todos, el más profundo y elemental que hace raíz de todos los otros, es la pura conciencia de existir. Cuando alguien afirma y se afirma a sí mismo como existente —el “yo existo” anterior aún a la duda de Descartes— arroja a la naturaleza una piedra de provocación y de escándalo. Fuente de placeres y sufrimientos la individualidad del ser humano, arraigada en su conciencia de existir, tropieza en la idea de la muerte con un límite infranqueable. Esta amenaza con la disolución del individuo en un torrente fluido e informe.

A partir de ese oscuro núcleo de convicción y presentimiento se desarrolla el afán de individuación, tanto más preciso y vigoroso, cuanto mayor hondura adquiere la conciencia de la limitación y finitud de la existencia humana.

El afán de individuación es anhelo de inmortalidad. Ello se expresa en la inquietud de engendrar obras que duren y permanezcan para siempre, prolongando en el tiempo nuestro fugaz soplo espiritual.

La individualidad se transfigura por efecto de las obras —y éstas son amor, no buenas razones— en la perso-

na, ente “específico” de la historia, el arte o la filosofía. El ser de la persona es una cristalización del individuo en formas universales de ideas, acontecimientos o valores estéticos. Es la expresión de aquel afán y también el fruto maduro y caído ya del árbol cuya pudrición nutre de nuevo la insaciable tierra.

ARMAS Y LETRAS. No. 2. Año VI.
Monterrey, N. L., febrero de 1949.